

# Un pueblo llamado Navidad

Andrés R. de Assin



## Capítulo 1

En lo más hondo del valle que formaban dos montañas gemelas permanentemente cubiertas de nieve, existía un bosque de vetustos abetos. En el centro de este bosque, se levantaba el más alto de los más altos árboles. Se dice que incluso aquellos que quieren caminar alrededor de su base, tardan horas en rodearlo. Debido a su gran altura, los juguetones copos de nieve nunca dejan de caer sobre él, cubriendo con un fino manto blando el intenso verde que nace de sus ramas. Su tronco está cubierto de millares de pequeños agujeros por los que brilla la luz cuando el sol se esconde. Y es que en la inmensidad de sus entrañas existe todo un pueblo tallado en su interior. Amplias avenidas iluminadas por un cielo de luciérnagas que imitan el día, coquetas casas de tejados inclinados y muy puntiagudos. Porque sí, en el interior de aquel gran árbol llovía, sus habitantes habían preparado sus hogares para que no se empaparan sus pertenencias. Esto ocurría en los días de más calor, que derretía la nieve en lo más alto de la copa y el agua fluía por el interior en forma de lluvia hasta llegar a las raíces. En algunos puntos incluso formaba pequeños lagos templados de donde sus habitantes recogían agua y se bañaban. Sus gentes eran alegres y vivarachas. Vestían siempre de brillantes tonos rojos, blancos y verdes, rosas y amarillos. Se dedicaban principalmente a la fabricación de dulces que luego vendían a los pueblos vecinos. Dulces de Navidad los llamaban las aldeas vecinas, pues Navidad era el nombre del gran abeto y por tanto, también la ciudad que albergaba.

En una de sus muchas tiendas, una junto a una plaza en cuyo centro había una fuente tallada en forma de abeto en tributo a su hogar, vivía un maestro turroneiro. El turrón era por excelencia el dulce más famoso del pueblo: una masa de azúcar y frutos secos con la que se hacían pastillas cuadradas. El maestro turroneiro era corpulento y de manos anchas, igual que el bigote blanco que le cubría los labios. Sus espesas cejas le caían sobre los ojos como blancas cascadas congeladas y su prominente barriga amenazaba con hacer estallar el delantal que la aprisionaba. Y aunque tenía las manos siempre blancas por el polvo de azúcar y un olor dulzón lo acompañaba a todas partes, nunca parecía cansado por el trabajo. Era un hombre al que le encantaba experimentar. Demostró desde niño una gran inventiva para crear nuevos dulces a partir de los mínimos ingredientes, heredada de generación en generación por maestros turroneiros de Navidad. Gracias a su don familiar fabricó una variante de turrón con almendras enteras, cubiertas de una pasta blanca de azúcar y colocado entre dos obleas al que llamó "turrón del duro". Y era verdad, la mezcla alcanzaba una dureza al enfriarse que más de un diente se había llevado por delante. Aun así su fantástico sabor merecía el riesgo. También añadió cacao a otras masas y creó el favorito de los niños, el de chocolate. De sus ventanas salía siempre un aroma dulce que llenaba la calle y se

mezclaba en el aire con las esencias vecinas: ponches de huevo, algodones de azúcar y mazapán recién horneado.

Aquel gran árbol se encontraba muy alejado de cualquier otro lugar. A más de un mes de camino del resto de ciudades, en la zona más al norte de la región. Zona que los habitantes de la comarca llamaban La Tierra de las Gemelas de Nieve por el níveo vestido perpetuo que lucían las montañas. Aun así, eran muchas las caravanas que se aventuraban a emprender el largo camino hasta allí para cargar sus carros de dulces y entregar a cambio pieles, harina y otras muchas materias primas que los navideños necesitaban. El gran árbol de Navidad proveía todo lo que sus habitantes necesitaban, pero con el paso de las generaciones se habían acostumbrado a depender de algunos productos que traían los viajeros. Era una suerte entonces que sus dulces fueran tan sumamente codiciados.

Estas caravanas partían de sus ciudades al terminar el verano y llegaban al gran bosque de abetos a mitad del otoño. Vaciaban sus cestas, volvían a llenarlas con todo lo que sus valientes animales eran capaces de arrastrar y emprendían de nuevo el camino a casa.

No es de sorprender que esta costumbre tomara especial relevancia para las gentes de la comarca y con el paso de los años fue tornándose en una festividad en sí misma: el regreso de los comerciantes que habían partido al norte y volvían con sus sacos cargados de dulce y sabrosa felicidad para el fin del año. Pues a eso sabían, al cariño y al amor que el maestro turroneo y sus vecinos ponían en cada una de sus obras. Cuando estos valientes hombres y mujeres estaban por llegar, la nieve que cubría el asombroso bosque comenzaba a caer también sobre el resto de la tierra, como un trompetero que anuncia la llegada de los héroes. Los niños se agolpaban a la entrada de los pueblos esperando escuchar las ruedas de madera contra el camino mientras esgrimían su mejor sonrisa y se lanzaban bolas de nieve. Colgaban luces entre las casas cercanas para que los comerciantes no se perdieran de regreso a casa y supieran a donde debían volver.

Y fue en honor de aquel lugar mágico y lejano donde se preparaban durante todo el año aquellos dulces, que aquella fiesta recién nacida se llamó Navidad.